

De Sonia García Soubriet

Las voces y los ecos

POR FERNANDO DE CASTRO
SOUBRIET



«Los monstruos de mamá» es un breve libro calmoso compuesto por dos historias que la autora, Sonia García Soubriet, arranca de su infancia y nos ofrece ahora, cuando su pluma ha alcanzado plena madurez. En la primera («Los monstruos de mamá»), la autora retrata hábilmente la geografía de su casa y su barrio (la calle Augusto Figueroa, hasta la plaza de la Villa de París, en el corazón de Madrid). Allí había una habitación de juegos que era una jungla con río, un castillo-reino entero que «los enemigos atacaban a balonazos», un mar azul, punto de reunión de brujas y monstruos. Por allí discurren personajes reales muy de entonces y muy de siempre, inmiscuidos en sus propias vidas entrelazadas con variopinto prójimo tangible que habita unas pocas manzanas, la aldea que nuestra especie ha buscado desde la noche de los tiempos. Poco a poco, dos personajes van tomando el mando de la narración: El Mozo y La Madre. Que una madre protagonice el relato de un niño es normal, previsible, pero al desgranar la personalidad La Madre comprendemos su papel tan principal: una alegría cautivadora que nos invade como el fresco olor del otoño que arrastra al regresar a casa permitiendo «oler su tarde». A La Madre «le salían amigas por todas partes», conformando una faceta fundamental de su vida:

«un territorio inabarcable de encuentros y amistades», compuesto por «una colección de tipos o memorables: los heredados de mi abuela [en el pueblo manchego] y los propios [en La Mancha, Madrid y el Mediterráneo], con sus vidas singulares y su historial de despropósitos» que animan tardes y auditorios.

El Mozo arrastra malformaciones y cierto maltrato psicológico, un pasado de pueblo toledano y su vida pendiente del desaparecido *El Caso* para intentar colmar su sueño: conseguir esa novia a la que escribe bajo la bombilla después que apague el día, que me

curo chiscón. Quien descubre en El Mozo a un personaje entrañable es, obviamente, La Madre: ¿acaso alguien mejor para corroborar esa «facilidad de hacer amistades y afición por las gentes peculiares?» La Madre destila, noche tras noche, paciencia mientras El Mozo destripa sus obsesiones con magdalenas y café con leche, aislado en la cocina de la Sra. García. Ella es la única luz en la vida minúscula de El Mozo, su única consejera, ahora que su madre no es títán capaz de trascender su propio cráneo... El Mozo conoce mejor que nadie sus malformaciones, sus defectos, y sabe que nadie mejor que La Madre y su balsámico consejo para aliviar en esa cicatriz vital que no acaba de cerrarse porque... no puede cerrarse...

También toma perfil propio Matilde, madre de otro niño del Liceo Francés y vecina del Paseo de Recoletos, quien llena sus conversaciones con La Madre de admiraciones en gracioso deje gallego. Hiperpresente durante nueve meses con su cola de pelo cano y sus ojos azulados, Matilde sabe esfumarse en Galicia para dejar expedito el verano a La Madre entre un Benicasim pediluvial y las ascuas manchegas («el otro lado del verano»). Matilde sabe que su amiga precisa de esos otros escenarios para llenar de historias el día a día de las estaciones que compartirán tras reencontrarse, para de nuevo disfrutar haciendo «cualquier cosa menos regresar antes de la hora prevista» (¡qué desopilantes escenas...!) o experimentar «el

veloz terror de sus casas sin ellas». Porque estas madres eran completamente impredecibles para el servicio, sus proles y, ¡faltaría más!, sus maridos...

El segundo relato se circunscribe a tres pinceladas en la vida de Tía Soraya: una cita,

una boda y una muerte. Enraizada en las «casas espaciosas y tranquilas» de «aquel mundo austero y poderoso», con «ese cuarto de baño, grande como un salón de baile», del que emerge la tía Soraya radiante, aromando suave y fresco, con «esa

pluma que las de La Madre. La pluma de la autora se cargó bien de ese «mundo de días redondos e iguales, madrugones y cena de sopa y pescadilla», de «veranos [que] entonces duraban tanto» que olían «a verano estancado». Por eso describe con tanta delicadeza la «vida secreta de la tía Soraya»: ese desencuentro absurdo que quemó demasiados años de una forma tan lastimosa; o la fase más cruda que, con el nacimiento de la

niña muerta, ahoga en muerte a una familia que la había visto tantas veces desde los balcones mientras tocaban las campanas del Tiempo... Porque Soraya, que arrastraba piropos desde niña, salió de la casa de sus padres «pálida y débil, con la ropa que parecía flotarle y sin fuerzas para despedirse de nadie» («¡válgame Dios...!»). Camino de Madrid, de una última esperanza terrena, la ambu-

lancia atravesó estrechas carreteras bordeadas de vendimia.

Desde enero de 2019 conmemoramos el centenario del nacimiento de Francisco García Pavón con numerosos actos. Tras leerlo, creo que el mejor homenaje imaginable es este librito, «Los monstruos de mamá», escrito por su hija Sonia. García Soubriet se hunde en sus orígenes hasta abrazar las raíces de García Pavón en Tomelloso natal y el Madrid adoptivo de ambos, también en el solaz mediterráneo donde Pavón parió, físicamente, el personaje de Plinio que, verano tras verano, inundaba España entera hasta trascender en la Literatura. Con su perspectiva de niña que no ha terminado de crecer, García Soubriet domina todas las armas «pavonianas»: conocimiento y vivencia que fraguan descripciones sobrias, cabales (el sabor de las lagunas de Ruidera), trufadas con algún modismo local («vitanguerismo») o neologismos D.O.C. («voy a estambollarme en el sillón, como dice Matilde»). Casi al final, la autora vive un sueño: el nuestro es que pronto quiera regalarnos otro delicioso relato que devele esa palabra hermética de su tía Soraya y nos devuelva a ese escenario de la calle Doña Crisanta, al «olor de la vieja casa de la infancia», al «eco de antiguas voces, huellas de manos, olores de fiestas y celebraciones, de muertos y velatorios y el lento pasar de la vida con sus mañanas de primavera y sus atardeceres otoñales». Este libro cierra una suerte de círculo borgiano que, repito, es el mejor homenaje a la figura de su padre y a una el mayor deleite del lector con su paso adelante, firme, de una memoria



«Por allí discurren personajes reales muy de entonces y muy de siempre, inmiscuidos en sus propias vidas entrelazadas con variopinto prójimo tangible que habita unas pocas manzanas, la aldea que nuestra especie ha buscado desde la noche de los tiempos. Este libro cierra una suerte de círculo borgiano que es el mejor homenaje a la figura de su padre»